

publicado el 24 de enero de 1562, en cuya composición L'Hôpital tenía manifiestamente ante los ojos la idea de que la antigua y la nueva fe podrían con el tiempo subsistir juntas en Francia.

El edicto de enero permitía a los calvinistas el libre ejercicio de su religión fuera de las ciudades, y sólo les imponía la restitución de las iglesias usurpadas a los católicos, así como a los dos partidos, que se abstuvieran de violencias (1). Fué una ordenación de «inmensa significación», por la cual «se rompió la unidad de la Iglesia y el Estado» (2). El inmediato efecto de esta nueva condescendencia fué el estallido de la primera guerra civil y religiosa, a la que debían seguir todavía otras siete. Aunque los caudillos de los hugonotes instaban al principio la observancia del edicto de enero, no querían sin embargo detenerse en él. Veían en él, según Beza lo dijo abiertamente, sólo el comienzo de la victoria (3); su concepto de la antigua Iglesia, como de una institución idolátrica, exigía la completa destrucción de la misma.

Mas ahora la parte inmensamente mayor de la nación estaba estrechamente adherida a la fe de sus padres (4), que se hallaba íntimamente unida con la vida y las costumbres del pueblo. Con noble emulación desde hacía siglos, los antepasados habían atestado en todas las partes del reino, su piedad, su poderío y su gusto por las artes, erigiendo numerosos templos magníficos y adornándolos por fuera y por dentro con las más preciosas labores de escultura y pintura. Estas obras de arte representaban al pueblo de un modo sensible las doctrinas del cristianismo y levantabanlo de las miserias y males terrenos a un mundo superior. Eran al mismo tiempo sus más caros recuerdos, pues casi todas las familias acomodadas, todo gremio y hermandad, habían cuidado de

(1) V. Mém. de Condé, III, 8 s. Cf. Soldán, I, 565 s.; Bauer en las Voces de María-Laach, XI, 437 s.; Ruble, IV, 17. Al cardenal Este, así como al nuncio Santa Croce, había expuesto Catalina el contenido del edicto de tal manera, que éstos lo hubieron de considerar como una victoria del catolicismo (v. Baluze-Mansi, IV, 380; Arch. cur., VI, 30 s.). Cuando Santa Croce reclamó, respondió Catalina con vanas evasivas; v. Susta, II, 378 s.

(2) Juicio de Ranke, Historia de Francia, I^o, 235, 239. Cf. Geuer, La política religiosa de M. de L'Hôpital, 38; Philippson en la Historia universal de Flathe, VII, 366.

(3) V. Baum, Beza, II, apéndice 156. Calvino opinaba que, si seguía subsistiendo la libertad prometida en el edicto, el papado se hundiría por sí mismo. V. Henry, III, 523; Soldán, I, 568 s.

(4) V. Ranke, Historia de Francia, I^o, 240. Cf. Palandri, 100.

hacer alguna fundación artística, un altar, una estatua o una vidriera de colores.

¡Qué irritación y exasperación no había allí de causar el ver que los secuaces de Calvino, sin cuidarse de todas las prohibiciones, robaban, devastaban o derribaban las iglesias y monasterios, dondequiera que podían! Y ni aun en esto se detenían. Fantaseando que hacían el papel de profetas del Antiguo Testamento ante los ídólatras paganos, acometían aun personalmente a los católicos, y los herían o mataban. En Montpellier, por el otoño de 1561, fueron devastadas las sesenta iglesias y monasterios de la ciudad, y al mismo tiempo asesinados 150 eclesiásticos y religiosos. Un asalto semejante a las iglesias y monasterios efectuóse por diciembre en Nimes; las imágenes y reliquias fueron quemadas en una hoguera delante de la catedral, y después que los herejes hubieron danzado en torno de ésta, clamando que no querían ni misa, ni ídolos, ni ídólatras, empezaron a saquear las iglesias de los alrededores. En Montaubán tuvieron que padecer especialmente las clarisas; después de quemar su convento, expusieron a las indefensas vírgenes a la mofa del populacho y las instaron eficazmente a que se casasen. En algunas ciudades el culto católico quedó enteramente suprimido. Los predicantes herejes provocaban a este proceder violento y tomaban acerca de él formales resoluciones en sus juntas. Así el consistorio reformado de Castres había resuelto en diciembre de 1561, que el capitán de la guardia municipal había de llevar por fuerza al sermón a todos los que salieran a la calle. Conforme a esto, varios sacerdotes fueron arrancados del altar y arrastrados al sermón. No les fué mejor poco después a veinte religiosas del convento de las clarisas (1). Precisamente mientras se deliberaba sobre el edicto de enero, llegó de la ciudad de Beza la noticia de que los hugonotes, después de la horrible devastación de la iglesia principal de dicha localidad, habían expulsado violentamente a todos los clérigos (2). No contentos con la destrucción de los objetos del culto y de las imágenes, en muchas partes, v. gr. en Montpellier, se enfurecieron contra los muertos y profanaron las

(1) V. Vaissette, Hist. de Languedoc, V, 584 s., 591 s.; Döllinger, Historia eclesiástica, 532 s.; Anquetil, 126 s.; Cf. Picot, I, 10 s.; Gaudencio, 110 s.; de Meaux, 85; Merki, 389 s.

(2) Cf. Baum, Beza, II, apéndice 156. En la Gascuña, por enero de 1562, ya no podía hallarse ningún sacerdote católico en un espacio de cuarenta millas. Polenz, II, 278 s.

sepulturas, por mero odio contra la religión que habían profesado los difuntos (1).

Se ha dicho que estos excesos fueron solamente represalias, y que se había pagado en la misma moneda. Aquí y allí fué esto verdad ciertamente; así, por ejemplo, en Carcasona los católicos tomaron sangrienta venganza (2). Pero en la mayor parte de los casos, los católicos fueron los pacientes, los perseguidos por una secta que exigía a toda costa la supresión de la «idolatría». Lo que los hugonotes consideraban como provocación, era el hecho de que en general hubiese todavía católicos. Las violencias de los hugonotes, que crecieron aún en las guerras de religión, hubieron de dejar asombrados y perplejos hasta a los vacilantes. «¿Qué religión es la de esta gente, preguntaban, que dice entender el Evangelio mejor que todos los demás? ¿Dónde ha mandado Cristo despojar al prójimo y derramar su sangre?» (3) Lo que muy especialmente exasperaba, era el ansia de profanación, que no solamente destruía imágenes, cruces y reliquias, sino también cometía crímenes que indignaban, en lo más santo y precioso que poseían los católicos, en la Sda. Eucaristía. En Nimes, París y otros sitios, después de romper los copones, se quemaron o pisotearon las Sdas. Hostias (4).

La actitud de los hugonotes después de la publicación del edicto de enero, había de aumentar todavía la exasperación de los católicos y confirmarlos en su resistencia a aquella ordenación (5). Si los novadores habían antes negado la obediencia a los decretos para ellos desfavorables, ahora exigían de los católicos con tanto mayor empeño la rigurosa observancia del edicto de enero, pero ellos mismos no hacían caso de las limitaciones del mismo. Continuaban como antes teniendo su culto aun en las ciudades, y permitiéndose violencias (6). Que se había intentado la completa destrucción de la Iglesia católica en Francia, lo mostró la resolu-

(1) V. Vaissette, V, 586.

(2) V. de Meaux, 86 s.

(3) Ranke (Los Papas, II^o, 41) cita estas expresiones sin indicar su fuente; se hallan en la relación de Correro, publicada por Albèri, I, 4, 186.

(4) V. Vaissette, V, 592. Cf. Döllinger, loc. cit., 533 s.; Desjardins, III, 454, 469; Polenz, II, 88.

(5) Por esta resistencia se concibió de nuevo en Roma la esperanza de que mejoraría la situación; v. la *relación de Carlos Stuerdo al duque de Parma, fechada en Roma a 11 de marzo de 1562, *Archivo público de Nápoles*, C. Farnes., 763.

(6) V. Vaissette, V, 594; Sickel, Concilio, 261.

ción de un sínodo de setenta predicantes celebrado por febrero de 1562 en Nimes, de derribar todas las iglesias de la ciudad y de toda la diócesis, y forzar a los católicos a aceptar el calvinismo. Conforme a esto, el 23 de febrero fueron desterrados todos los eclesiásticos que quedaban aún y se comenzó la demolición de las iglesias. Dióse principio por la catedral (1).

Las primeras señales de una resuelta reacción católica se manifestaron en París, que ya entonces era la capital propiamente dicha de Francia. Dirigióse allá el duque de Guisa. Había sido invitado nada menos que por Navarra, el cual llenó ahora las esperanzas de Este, y confiando en las vanas promesas de Felipe II, se pasó abiertamente al partido católico. El hombre a quien los hugonotes habían considerado tanto tiempo como su cabeza, ¡se declaró ahora paladinamente en favor de la introducción de la Inquisición en Francia! (2) El 1.º de marzo en Vassy, en la Champaña, la comitiva de Guisa tuvo una contienda con los hugonotes de allí, y mató a sesenta de ellos. Guisa no había querido esta matanza. Se ha controvertido hasta qué punto provocaron los calvinistas, que celebraban sus actos de culto en Vassy contra el edicto de enero (3). Funesto fué el choque casual, porque, dada la intensa irritación, pareció intencionado, y así, como dice Tuano, dió como la señal para el estallido de la guerra civil y religiosa. El intento de Condé, de apoderarse del rey, fracasó: los Guisas se le adelantaron, decidiendo con ruegos y amenazas a la reina madre todavía perpleja, a volver a París con su hijo. En vista de esto Condé corrió presuroso a Orleáns y excitó a todas las comunidades calvinistas a un levantamiento armado. En breve tiempo todo el país estaba en armas, y comenzó la guerra civil. Los hugonotes habían pregun-

(1) V. Vaissette, V, 596.

(2) V. la relación de Este, de 3 de marzo de 1562, en Sala, III, 133. Sobre el paso de Navarra al partido católico, que aumentó en Este la persuasión del seguro buen éxito de su proceder, v. Ruble, III, 311 s.; Susta, II, 374, 390, 396, 419, 430. Pío IV, en 15 de marzo de 1562, expresó su satisfacción al legado, y le animó a permanecer en Francia (v. Susta, II, 413 s.). El breve pontificio para Navarra, de 23 de abril, se halla en Raynald, 1562, n. 141.

(3) Que Guisa no es culpable de lo sucedido, se saca de la relación fidedigna, publicada por Ebeling, Documentos de los archivos para la historia de Francia, Leipzig, 1872, n.º 4, cuya importancia ha señalado Lossen en la Revista teológico-literaria de Bona, 1873, 473, haciendo hincapié al mismo tiempo, en que Ranke (Historia de Francia, I^o, 245) da al suceso demasiado alcance. Cf. también Voces de María-Laach, II, 510 s., XI, 499 s.; de Meaux, 87. V. además Susta, II, 405; Revista Histórica, C, 678; Thompson, 134 s.

tado a sus predicantes, si podían usar las armas; éstos decidieron que «no sólo era lícito, sino obligatorio, para librar al rey y a la reina del poder de los Guisas, defender la religión y mantener los edictos solemnemente publicados» (1). Según esto habíase de pensar que la conservación en vigor del edicto de enero había sido el verdadero fin de los hugonotes. Pero no se puede hablar de esto. Beza y Calvino no tenían su obra por acabada y asegurada sino cuando hubiera sido aniquilada en Francia la antigua Iglesia. La tolerancia de lo que llamaban los hugonotes idolatría, era contra sus principios; se creían llamados por Dios para limpiar el país, de los «hijos de Satanás». Pero los católicos estaban ahora igualmente resueltos a defender su religión contra la destrucción que amenazaba, y sus templos contra el fuego incendiario y el saqueo (2). Ambas partes sabían que jugaban el todo por el todo. Por eso peleaban con una furia y crueldad sin ejemplo (3). Catalina se vió forzada contra su voluntad a tomar parte en la guerra; si estuvo del lado de los católicos, fué sobre todo porque quería apoderarse de la dirección de este partido (4).

La guerra civil y religiosa de Francia tomó muy presto un carácter internacional, pues de su resultado dependía la suerte religiosa de la Europa occidental. Los hugonotes recibieron auxilio de la Alemania protestante y de Inglaterra, los católicos, de España y del Papa. La reina Isabel no prestó su ayuda hasta que los hugonotes, haciendo traición a su patria (5), le hubieron entregado El Havre, el más hermoso puerto del norte de Francia. Felipe II y también el Papa querían aprestar tropas, pero Catalina prefirió un subsidio en dinero.

Después que el abad Niquet hubo llegado a Roma el 10 de mayo, con la petición oficial que hacía el gobierno francés, de ayuda para la guerra contra Condé, siguieron largas negociaciones sobre la cuantía de la suma, el modo de pagarla y las condiciones que Pío IV

(1) Ranke, *Hist. de Francia*, I, 250; Döllinger, *Hist. ecles.*, 535 ss. L. Cardauns, *La doctrina del derecho de resistencia del pueblo a la autoridad legítima en el luteranismo y en el calvinismo del siglo XVI*, Bona, 1903, 54.

(2) V. Sismondi, XIII, 446, XIV, 1; *El católico*, 1863, II, 248; Bauer en las *Voces de Maria-Laach*, II, 513 s.

(3) Cf. Anquetil, 124 s., 151 s. Sobre las maldades de Fabr. Serbelloni, comandante de Aviñón, v. Polenz, III, 199 s.

(4) V. Hilliger, *Catalina*, 255.

(5) Cf. las duras palabras de Polenz, II, 156. V. además Marchand en la *Rev. de quest. hist.*, LXXVII (1905), 101 s.

ponía para ello (1). El resultado, que se comunicó a los cardenales el 27 de mayo, fué éste: El Papa, a pesar de la estrechez de su situación rentística, está dispuesto a hacer un donativo de 100 000 escudos y un préstamo de la misma cuantía. 25 000 escudos han de pagarse en seguida, y el resto en el plazo de tres meses, pero sólo después del cumplimiento de las siguientes condiciones: revocación de todos los edictos favorables a los hugonotes, así como de las disposiciones hostiles al Papa de la ordenanza de Orleans, alejamiento de la corte, de todos los calvinistas públicos y ocultos, especialmente del canciller L'Hôpital, protección de Aviñón y conservación de los concordatos y de los derechos pontificios en Francia (2).

El cardenal Este recibió el encargo de hacer admitir estas condiciones, que nacían de una muy justificada desconfianza de la fidelidad de Catalina. Como la guerra era inminente, el cardenal Guisa instó el pago inmediato de los 25 000 escudos, los cuales dijo que eran más importantes, en el apuro económico presente, que un millón más tarde. Este cedió a esta instancia y pagó la primera cuota, sin hacerse asegurar el cumplimiento de las condiciones puestas por Pío IV (3). El cardenal dió de lo suyo 2 000 escudos, que obtuvo con dificultad prestados al diez por ciento (4).

Cuando el Papa hizo esperar al gobierno francés subsidios pecuniarios, había concebido todavía otro plan, en atención a la crítica situación de Francia, el cual se lo había sugerido Cosme I. En una carta de 11 de mayo propuso Cosme, para salvar la Iglesia de Francia, la fundación de una gran liga católica, a la que habían de pertenecer fuera del Papa, España y los Estados italianos. Pío IV, que ya antes había fomentado pensamientos parecidos, acogió la propuesta y comenzó con gran ardor a dar pasos para ejecutarla; pero ni en Madrid ni en Venecia halló inclinación a entrar en una empresa tan vasta y dispendiosa (5). El plan de enviar a Francia un ejército auxiliar pontificio, en el que había

(1) V. Sickel, *Concilio*, 308 s. Cf. Susta, II, 435, 444 s., 450, 455.

(2) V. Susta, II, 463 s.

(3) V. su relación de 5 de julio de 1562 en Baluze-Mansi, IV, 425 s. y Susta, II, 493, 500.

(4) V. su relación de 8 de mayo de 1562 en Baluze-Mansi, IV, 409.

(5) V. Sickel, *Concilio*, 307 s., 340, y especialmente Susta, II, 480 s., además 169, 195 s., 198, 228, 512, 521 s. Cf. *ibid.*, I, 261 s. sobre unos planes semejantes en el otoño de 1561. De qué manera la naturaleza viva e impresionable de Pío IV estaba dispuesta a un proceder rápido y decidido, se había mostrado luego al principio de su pontificado, cuando puso los ojos de su atención en el

de estar como legado el cardenal Altemps, fracasó por la resistencia de Catalina de Médicis (1). No menos doloroso fué para el Papa el haber tropezado con las mayores dificultades el cumplimiento de las condiciones que había puesto al gobierno francés para la concesión de los subsidios pecuniarios. Mientras para la revocación del edicto de Orleáns, esto es, para el restablecimiento de las anatas, por lo menos se hicieron promesas, Catalina rehusó decididamente despedir a su canciller, del cual afirmaba que era buen católico. A principios de agosto se envió a Roma a Felipe de Lenoncourt, obispo de Auxerre, para negociar condiciones más suaves. Como también Este se declaró por una reducción de las mismas, a los comienzos de septiembre se allanó el Papa a ceder en parte. Sus principales exigencias fueron ahora todavía la represión de los hugonotes, el restablecimiento de las anatas y el favorecer al concilio (2). El gobierno francés tardó en acceder a esto, de suerte que al Papa le asaltó el temor de ser engañado. Su tenacidad en mantener las mencionadas exigencias se acrecentó todavía, cuando se hizo pública la intención de los franceses de poner a discusión en el concilio la cuestión de las anatas, lo cual Catalina se negó a impedir (3). El cardenal Este, el 21 de noviembre de 1562, había indicado estar muy próxima la derogación de las disposiciones del edicto de Orleáns, respecto de las anatas y prevenciones, pero no recibió sobre ella la patente real hasta enero de 1563. En vista de esto, entregó al gobierno francés una letra de cambio de 40000 escudos como subsidio (4), con lo cual estuvo conforme Pío IV. El Papa había puesto ahora una sola condición, y es, que cesaría el pago, si Catalina ajustaba un convenio con los hugonotes, perjudicial a los católicos. Cuando se envió a Este esta orden, fechada el 15 de enero (5), reinaba en Roma grande alegría por la derrota que Guisa había causado a los hugonotes en Dreux con

plan del duque de Saboya, de formar una liga para la conquista de Ginebra, pero un año más tarde lo abandonó. V. Sickel, loc. cit., 51-52, 175 s.; Despachos Venecianos, III, 182 s. Cf. Soldán, I, 33, 3.

(1) Cf. Susta, II, 195 s. Todavía en el consistorio de 25 de octubre de 1564, se quejó Pío IV del rechazamiento de su propuesta; v. *Acta consist. Gamba-rae, *Bibl. Corsini de Roma*, 40—G—13.

(2) V. Susta, II, 502, 516 s., 520, 528 s., 531 s.

(3) V. Susta, III, 94 s., 113 s., 420 s., 454 s., 463, 476.

(4) V. Grisar, *Disput.*, I, 454; Susta, III, 480. Sobre dos medallas, que se refieren al auxilio prestado a Francia, v. Bonanni, I, 285 s., 288 s.

(5) V. Susta, III, 480.

auxilios españoles, el 19 de diciembre de 1562. El 3 de enero de 1563, cantóse un solemne tedéum en la iglesia del Espíritu Santo, en acción de gracias al Señor por este feliz acontecimiento (1). Poco después Pío IV envió cartas a los más eminentes católicos franceses, en las cuales los exhortaba a sacar utilidad de la victoria alcanzada (2).

Francisco de Guisa había entre tanto comenzado el sitio de Orleáns, que era la principal plaza fuerte de los hugonotes. Con la conquista de esta ciudad pensaba aniquilar el poder del enemigo y poner fin a los horrores de la guerra civil. Mas, mientras fomentaba tales planes, fué herido mortalmente por un aleve hugonote el 18 de febrero de 1563. Los oradores de los hugonotes elogiaron esta acción criminal (3). Guisa murió a los pocos días. Su muerte fué para los católicos una pérdida irreparable (4). Faltábales ahora un adalid; Navarra y el mariscal Saint-André habían muerto ya antes (5), Montmorency se hallaba preso y el cardenal Guisa estaba en el concilio de Trento. Catalina renovó entonces sus negociaciones de acomodamiento, a pesar de que Felipe II la disuadía con amenazas (6); ganó al príncipe de Condé por las artes amatorias de una dama de la corte (7). Bajo la influencia de Catalina, Condé y Montmorency, que fueron libertados de su prisión, ajustaron un convenio el 12 de marzo, el cual fué dado a conocer el 19 por Carlos IX, como edicto de Amboise. Conforme a él la

(1) V. Bondono, 544; Bull. Vatic., III, Romae, 1752, 49 s.; Susta, III, 152 s., 157, 165, 474 s., 481, 483 s. Según la relación de Isles (en Le Plat, V, 651), Pío IV concibió el temor de que la victoria podría reforzar la oposición de los obispos franceses en Trento. Decidieron el triunfo junto a Dreux las tropas mercenarias de los cantones católicos de Suiza. V. Segesser, I, 249. Cf. E. Lenz, *La batalla junto a Dreux*, Giessen, 1915.

(2) V. Raynald, 1563, n. 2.

(3) V. Paulo en el Anuario Histórico, XXVI, 190. Contra la opinión de Marcks respecto de la culpa de Coligny (*Revista Histórica*, LXII, 42 s.), se declara Ruble (*L'assassinat de F. Guise*, París, 1898), y en favor de ella Whitehead (*Coligny*, London, 1904). Además de Merki, Coligny, 309 s., 327 s., v. *Revista Literaria*, 1912, 432 s. Cf. también Thompson, 188 s.

(4) Sobre el dolor de Pío IV, quien hizo celebrar en la Capilla Sixtina unos funerales por Guisa, como por un emperador, v. Susta, III, 281, 316.

(5) Navarra había muerto el 18 de noviembre de 1562, como muchos creyeron, protestante; V. Ruble, IV, 371; Soldán, II, 77 s.; *Lettres de Cath. de Médicis*, I, 436; Susta, III, 457 s.

(6) V. Baguenault de Puchesse en la *Rev. des quest. hist.*, XXV (1879), 17 s.

(7) V. Kervyn de Lettenhove, I, 137 s.

nobleza hugonote obtuvo, además de una general amnistía, entera libertad en el ejercicio de su religión para sí y sus familias, y en parte también para sus vasallos. Además, en todas las ciudades donde hasta el 9 de marzo se había practicado el culto reformado, había de seguir éste subsistiendo, y debía permitirse también el culto calvinista en una ciudad de cada distrito administrativo, a excepción de París y de los sitios en que residiese la corte (1).

Con el nuevo pacto nadie quedó satisfecho fuera de Catalina, que no quería que ninguno de los dos partidos hostiles alcanzase predominio, y sobre todo deseaba volver a verse en la plena posesión del poder. Coligny y Beza consideraron el edicto como una traición, y al principio no querían acomodarse a él. Las concesiones les parecían demasiado pequeñas; ni siquiera hubiesen estado contentos con la igualdad de derechos. Para los católicos, al contrario, las concesiones a sus mortales enemigos eran demasiado grandes. El rey de España y el Papa hubieron de ver un rompimiento de su alianza con Francia en semejante tratado de paz, aun en principio inadmisibles (2). Por eso el cardenal Este no pudo pagar el último plazo de los subsidios pontificios (3).

Sobre la misma paz había el cardenal informado a Roma, de un modo apaciguador, que Catalina y los grandes católicos la habían ajustado sólo por urgente necesidad y contra su persuasión; que confiaba poder persuadir de palabra al Papa, de las buenas intenciones de Catalina. Conforme a esto recomendó también la mayor condescendencia posible respecto de las nuevas demandas del gobierno francés. Estas se referían a la concesión de dispensa al cardenal de Borbón para dejar el estado eclesiástico, con lo cual se quitaría a Condé toda esperanza de llegar a ser el primero de los príncipes de sangre real, y además al remedio del extraordinario apuro de la Hacienda pública mediante el permiso para vender bienes eclesiásticos (4).

(1) V. Mém. de Condé, IV, 311 s.; Soldán, II, 103 s.; d'Aumale, Les princes de Condé, I, 224; Segesser, I, 324.

(2) V. Döllinger, Documentos, I, 500; Marcks, Bayona, 23; Susta, III, 316, 545, 554. Contra la paz se declaró Pío IV ya el 31 de marzo de 1563, a la primera y todavía no segura noticia, y después de nuevo decididamente el 17 de abril de 1563; v. *Acta consist. card. Gambarae, *Bibl. Corsini de Roma*, 40—G—13. Cf. también Sickel, Concilio, 472.

(3) V. Susta, III, 514, 523, 554.

(4) V. Susta, III, 517-518.

Los españoles nunca habían podido ver al condescendiente cardenal legado; pero todos sus esfuerzos por alcanzar que fuese relevado, se estrellaron en la resistencia de Catalina, a quien era muy útil semejante personaje. Cuando, el 22 de abril de 1563, emprendió Este la vuelta tantas veces diferida, lo hizo voluntariamente. A fines de mayo tuvo en Ferrara una entrevista con el cardenal Guisa, que fué de importancia para el buen éxito del concilio. Después de haber tenido todavía una conferencia con Cosme I en Florencia, hizo el 26 de junio su entrada en Roma, donde su influencia se volvió a hacer pronto sensible (1).

Mientras Este se hallaba todavía en Francia, el Papa había dado pasos decisivos en un asunto importante. Un embajador de Venecia designa como una de las principales causas de la difusión de las novedades religiosas, la circunstancia de que los partidarios más o menos manifiestos del calvinismo podían introducirse, como en otros puestos importantes, así también en los obispados y abadías (2). Tenía esto conexión con la falta de conciencia con que el gobierno francés abusaba de los privilegios que se le habían otorgado por el concordato. La traición a la Iglesia católica por sus naturales protectores, los obispos, había de mover al Papa a intervenir judicialmente. Su derecho a ello se había robustecido todavía recientemente en la sesión XIII del concilio de Trento (3). Sin embargo Pío IV no se precipitó en este negocio. Cuando relatores de toda confianza le hubieron pintado como por extremo sospechosa la actitud religiosa de varios dignatarios eclesiásticos de calidad, principalmente del cardenal Odet de Chatillón, hermano de Coligny, y del obispo de Valence Juan de Montluc, pidió inmediatamente informes todavía más extensos. Pero aun después de haberlos obtenido, difirió la citación de los inculcados. Fué en esto confirmado, no sólo por el indulgente cardenal Este, sino también por el severo cardenal Tournón, protector de los jesuitas franceses, los cuales todavía en julio de 1561 aconsejaban esperar (4).

(1) Cf. Susta, III, 7, 63, 120 s., 368, 421 s., 457, 476 s., 481, 517, 550, IV, 16 s., 27, 28; Hilliger, Catalina, 312. Según la *relación de Fr. Tonina, de 26 de junio de 1563, llegó Este el día anterior e hizo su entrada el 26. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Albèri, I, 4, 163. La relación, según Ranke, *Historia de Francia*, V^o, 78, procede de Miguel Suriano.

(3) V. el tratado fundamental de Degert, *Procès*, 64.

(4) V. Susta, I, 189, 209, 221, 225. Sobre el cardenal Tournón, que murió en 21 de abril de 1562, cf. el *Léxico eclesiástico de Friburgo*, XI^o, 1908 s.; Fou-